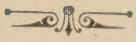
F2341
.B3
J5
1927

F. JIMENEZ ARRAIZ

LA CIUDAD
DE LOS
CREPÚSCULOS



CARACAS
Tipografia Americana
1927

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

4-CIUDAD-DE-LOS-C

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2341
.B3
J5
1927

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032423100

RP	AC	AE	AV	See over	S AC AV	Order No: L	Acq. Dept., Library Univ. of North Carolina Chapel Hill, N. C. 27514

UNC ✓ No. Copies: Author: Jimenez Arraiz, FRANCISCO 1870- CF 0 0 0C 0 SR

LC ✓

IP

Title: La cuidad de los Crepúsculos. Ed: Vols:

SBN, Place, Publisher, Date:

Caracas, Tipografía Americana, 1927.

Series: C SR

Vendor: 10 Soberbia. Init:

Dealer:

Cat. No: 21/7/7 Item No:

Fund: Deposit.

Est. Price: Bs. 28

For Library: Main.

Approved By:

Recommended By:

Date Received: OCT 1 1 1971

Copy Found: NDC 40-62 ✓✓ 53-21840 Y-LC

F2341
.B3
J5
1927

1. Barquismeto, Venezuela (City)
I. Title.

10-19-71 PM

Flammarion

F2341
.B3
J5
1927

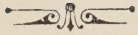
PM

F. JIMENEZ ARRAIZ

LA CIUDAD

DE LOS

CREPÚSCULOS



CARACAS
Tipografia Americana
1927

F. JIMENEZ ARRAIZ
† en Caracas, repentinamente,
el 25 de marzo de 1927.

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laciudaddeloscre00jimn

PRÓLOGO

Esta es la obra póstuma de mi padre. Desarraigado de la provincia durante 21 años, despertósele de repente un intenso deseo de volver a ella, y en romería íbamos con él todos los años.

En "Sabor de la Tierruca" dice: "...y me complace tanto más este recuerdo cuanto que las gratas emociones allí recibidas tuvieron una vigorosa repercusión en el alma de mis hijos, a quienes llevé con el propósito deliberado de que se creasen por sí mismos vinculaciones espirituales en la tierra donde yo nací y que empezó a amamantar mi juventud." Y a fé que lo consiguió ya que son muy hondos los nexos espirituales que allí nos creamos sus hijos.

La noche antes de morir me leyó unas anotaciones para otro artículo de éstos; esa mañana antes de regresar de nuevo al lecho donde había de sorprenderlo la muerte, consultaba el Diccionario de Mac-Pherson, una de sus fuentes de documentación sobre el Estado Lara....

Murió bajo la gratísima visión de un crepúsculo de esa tierra que tanto adoró....!

Cumplo un deber al recoger estos artículos en folleto. Era su deseo.

J. T. JIMENEZ-ARRAIZ.

La Ciudad de los Crepúsculos

Tía Aida:

Los hijos de Francisco Jiménez Arraiz, cumplimos el deber de ofrendarle a usted este libro, acatando así una íntima complacencia de él.

I

SABOR DE LA TIERRUCA

Mi viaje, o mejor dicho, mi paseo a Barquisimeto, aquella inesperada visita que le hice después de 21 años de ausencia, ha dejado en mi alma un recuerdo intenso, vibrante, vivificador de mi espíritu, que no se borrará nunca en mí, y me complace tanto más este recuerdo cuanto que las gratas emociones allí recibidas tuvieron una vigorosa repercusión en el alma de mis hijos, a quienes llevé con el propósito deliberado de que se creasen por sí mismo vinculaciones espirituales en la tierra donde yo nací y que empezó a amamantar mi juventud.

La primera impresión que el ánimo recibe al llegar por el tren a Barquisimeto, el panorama de la ciudad tendida en la enorme y pintoresca antiplanicie, acercándosenos lentamente a proporción que el

tren desciende de los cerros de La Ruesga, la tengo descrita en mi novela "Alma Criolla": tras esa impresión, que me hacía abrir ampliamente mis ojos y mi corazón al goce intenso de la tierra nativa, cruzando por entre la enorme multitud aglomerada en la Estación en espera del tren caí en brazos de los hermanos doctores Antonio María y Eliodoro Pineda, que son como guías de selección en la vida espiritual de Barquisimeto, y a quienes tánto debemos los larenses, especialmente los barquisimetanos: como normas de conducta y creadores de estímulos dignificadores para varias generaciones ambos, por el generoso ejercicio de su noble profesión de médico y su distinguida filantropía el primero, que tan hermosamente sabe purificar la caridad de su ciencia con la ciencia de su caridad.

Alejado durante 21 años de aquella tierra, donde yacen en el reposo definitivo de los sepulcros los seres por quienes, emanación suya, llevo a través del tiempo y del espacio lo que soy, era natural que, al verme allí de nuevo, mi alma se sintiera sobrecogida de una multitud de emociones, tan diversas que mi estado espiritual era como un torrente salido del cauce por donde había puesto su curso y echado a correr a pleno querer de sus aguas, impetuosas y sin concierto; o más vivamente, como el cordero que, huído del aprisco, se viese de pronto a plena visión del incitante verdor de las viejas praderías donde un día corriera en selvático albedrío su libertad, y como si fueran para él nomás los horizontes azules, para él nomás el aroma de todos los collados, para él nomás el sonoro rumor de todos los torrentes y la música de todos los pájaros y el infinito azul de todo el cielo, corriendo, corriendo, saltando, dando balidos y haciendo cabriolas y corcobos, igual que un sim-

ple vellón llevado por el viento, creyese en su contento, al oir el ruido de sus propias pisadas y el eco de sus propios balidos confundidos con el canto de los pájaros y el murmurio de las aguas y los bosques, que era que los montes y las sierras, los valles y los aires, y el cielo se alegraban de volverlo a ver y de oirlo balar, y por él estaban cantando de alegría!

Esa era la ilusión, y en mi ilusión renacía en mí aquella edad preciosa de cuando al rayar el alba nos reuníamos los muchachos de mi barrio a jugar *trompo y perinola,* o nos íbamos cuesta abajo a bañarnos en el río, o de noche, a la luz de la luna, hacíamos el juego de "el venado" o de "la piedra escondida", alborotando el barrio con nuestra loca algarabía, muy lejos entonces en las evoluciones del progreso la bocina pregonera del automóvil y en su lugar el ladrido de los perros o el sordo traqueteo de alguna carreta, único ruido capaz de interrumpir nuestra libre y loca vocería.

Al encontrarme ahora en aquellas calles, rectas, limpias y llenas de sol y antes polvorientas o fangosas y de noche apenas alumbradas por la triste y mortecina luz del kerosén, antítesis del brillo triunfal de los actuales focos de arco, mi imaginación veía pasar a los venerables viejos de entonces, que eran nuestra admiración y nuestro respeto: aquel anciano doctor Ponte de cabeza de armiño, que llevaba como una corona, o como una tiara, el penacho de su dignísima ancianidad: aquel doctor Oberto, aquel doctor Freites, aquel doctor Fernández, que se salían todas las mañanas, al paso de sus cabalgaduras, lentas y acompasadas, a alegrar su corazón consolando ajenos dolores y enjugando ajenas lágrimas: aquel Padre Wohnsiedler, que parecía un personaje de Alejandría junto al pórtico del Colegio "San

Agustín, o un San Agustín bajo la nave del templo de la Paz; aquel Licenciado Luis María Castillo, poeta de la tribuna, que dió pan a mi espíritu y espíritu a mi pan, aquellos Licenciados Pineda y Pérez, dignos de Atenas y dignos de Solón; y aquellas matronas, como las de la Roma antigua, cuyos apellidos callo para que sean más romanos sus nombres; Nemecia, Ana, Ildegardis, Palmacia, Celsa, Pragedes, Adelaida, Radegundis, Ananías...; y en otro plano espiritual, aquella humilde *negra Cipriana,* indispensable en nuestros hogares a la antigua cuando, desconocidos por allá el *bifteak* y la *polenta* y platos de alta alcurnia la *hallaca* y *pavo relleno,* nuestros hogares se florecían de azahares para recibir a la elegida, a quien, para que abriese las puertas de nuestro hogar le habíamos entregado las llaves de nuestro corazón; o se llenaban de palmas y jazmines para ver llegar al hijo recién graduado en Caracas o al joven misacantano, que alzaba la hostia por primera vez celebrando el pacto del perdón, del amor y de la misericordia en la inocente ilusión del cielo y el consolador ensueño de la eternidad.

Nada de eso existía ya, pero entre otras cosas buscaban mis ojos y se conservaban imperturbables, los "gofios de las Veritas" y las "conservas de las Cuivas", locura de mi niñez; los "semerucos del Garabatal", las "lefarias y los datos de los Cerritos Blancos", que los muchachos de mi época le arrebatábamos al banquete de los pobres pájaros del cielo para ser como ellos libres en el goce de la naturaleza y de la vida.

Y no se quedó rincón ni vericueto alguno donde no estuve, que no registrara, desde el Templo hasta el Cuartel, desde el Club hasta el Cementerio, desde el exquisito salón aristocrático hasta la humilde ca-

Vista de Barquisimeto a vuelo de pájaro

sucha de *pajareque,* donde a mis 15 años me brindaron una totuma de *chicha,* una bulliciosa noche pascual de aquellos tiempos. Estuve en las fiestas populares, en las fiestas religiosas, en las carreras de "toros coleados", en las inauguraciones de obras públicas de alto progreso; transité por todos los caminos, en automóvil, a caballo y a pie; me agasajaron todos mis paisanos, desde el *gentleman* de frac hasta el pobre labriego de sombrero de *cogollo* y pie en *cocuiza*.... Cuando regresé a Caracas, sentí sensaciones de nostalgia; pero sentí también una enorme satisfacción: la de que me veía provincial, pero nacido en un pueblo de muchas virtudes y que podía llamar hoy con orgullo civilizado y culto.

II

Belisa y Mercedítas Mujica Arraiz e Iribarren

"La aristocracia de nacimiento es una autosugestión. Por eso nadie cree en el linaje de otro".

Dr. J. A. Ramos Sucre.

Los escudos nobiliarios, sobre todo cuando en sus campos no señalan esmaltes heróicos ni empresas de epopeya, me sugieren siempre curiosas evocaciones de cualidades y virtudes que en el mundo moral acaso alcanzaron a ser, o son todavía, características de la personalidad o linaje que en ellos se blasona.

En campo de sinople (*) *banda de oro engolada por dos dragones* (**) *lenguados de rojo,* fué el blasón Muxica. *Tres caballeros armados, sobre praderas, i arriba rueda roja en campo de plata,* fué el blasón Arraiz.

Por tanto, esos que fueron de remotos ascendientes suyos, son ahora, en mi concepto, los herál-

(*) Verde.

(**) Cuyos extremos están asidos por la boca de éstos.

dicos símbolos espirituales de estas dos encantadoras muchachas de mi tierra barquisimetana, patria también del cardo espinoso, del sol bravío, del ensoñador crepúsculo y del cocuy embriagador y tormentoso.

Y qué son ellas, si bajo el expresado concepto interpretamos empresas de escudos?... Pues, según el primero, todo un sonriente campo primaveral de esperanza y el tesoro de su corazón en todo él, fuertemente alzado por dos vigorosos defensores, el Honor i la Virtud, como dos fieros dragones; y según el segundo, sobre idéntico campo de primavera el Hogar, el Ensueño y el Amor, cual tres apuestos caballeros, y por sobre todo, el Trabajo, firmemente sostenido en inmanchado pundonor. Y cuándo no fueron esas cosas signos característicos de esos linajes —aunque acaso haya nacido Caín del mismo vientre que Abel—, en todos los terrenos y momentos de su actividad en tres siglos y un cuarto más de expatriación de la Península a esta tierra, de ríos que se pierden en lo inmenso del horizonte, de montañas que se pierden en lo infinito del cielo, de voluntades que se pierden en lo inconcebible del esfuerzo humano!

Hay algo más en la ancestralidad de esas dos lindas muchachas de mi tierra, donde yá el cardo ha cedido sus dominios al rosal, se entolda el sol entre el follaje de la palmera y el cocuy del viejo *jirajara* ha dado respetuosamente el paso al aristocrático *champagne*: *Lucero de plata de cinco puntas en campo de azur, y torre y camino de armiño en campo de plata,* fue el blasón de otro linaje que se cruzó con los ya mencionados, y que si a interpretarlo también fuera, tendría que leer en él así: bajo el fulgor estelar, blanca y alta la torre del propio concepto; límpida la senda abajo, radiante el azul del horizonte arriba.

Todo eso es exótico y anacrónico—podrá decírseme,—e incongruente con el espíritu innovador de los dos últimos siglos; y además, de esta tierruca-madre nada?...

Y quién dijo que nada?... Nada?... Todo! Acaso es menos generoso el de Chipre porque no sea en cristal de Bohemia ofrecido al catador, sino en copa de nuestra naciente industria criolla, ni más sabroso nuestro blanco majarete en rica porcelana de Sevres que en nuestro autóctono plato de tierra?

... Pues oídme: a mí se me ocurrió un día hacerme escudo propio, de mi persona, y aún de mi linaje hispano-americano; autoblasonarme, como últimamente lo hicieron los Estados federales de mi país, y de mi lápiz, fiel intérprete de mi personal concepto, salieron al punto mis blasones, a plena integridad de mi naturaleza: *sobre campo sinople, alto peñón de esmalte anaranjado, destacado su ápice sobre campo azur;* por timbre, el plumaje de una corona indígena, oro, blao y gules; y abajo, *flechas y carcaj, sobre este lema*: *Ayúdate!*

Si por ese lado y así buscasen los rastreadores de genealogías para los dos ejemplares más notables que en su producción de varones ha dado nuestra América y que hoy son admiración del mundo, sin necesidad de parientes resurrectos ni póstumos, seguramente superabundantes en plena lógica, habrían de encontrarse con los mismos o parecidos blasones, a no ser que en su singular afán de llegar más lejos se topasen de improviso con el primogénito humano del Paraíso terrenal o con el rampante chimpancé progenitor biológico del hombre; y así no se engolfarían, engolfando con ellos a Bolívar y a Sucre, en esas fantasmagóricas progenies en que ya no se sabe de dónde vienen los dos super-machos de His-

pano-América: si de los que de su propia costra terráquea echó al dominio del mundo la brava Iberia; si de los que allí procrearon celtas, fenicios y griegos; si de los que de la costa africana entraron con el cartaginés, hijo del fenicio, a España; si de los que, de alma latina, llevaron a ella las águilas romanas; si de los suevos, vándalos, alanos y godos que al suroeste de Europa llevaron la barbarie del Norte; si de los que del lado asiático introdujeron en la Península ibérica la civilización y la cultura que, después de ochocientos años, en el más heterogéneo conglomerado que haya tenido jamás pueblo alguno de la tierra, trasplantó Colón a nuestra América; si de los que, almorávides y almohades, introdujo Mauritana en la tierra de Don Pelayo; y finalmente si de aquellos de esta nuestra tierra india, de quienes dijo el Libertador: "Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos".

Y qué blasón, si pensamos, ese mío de mi linaje criollo, procreado en estas tierras nuestras y frente por frente del otro, el del siglo XVI moribundo! Acaso han sido otra cosa los míos, a quienes si no hubieran atezado aquí *arbacos, nirvas, cayones y ajaguas, moyetones y jirajaras* atezados habrían venido de allá de la Península famosa por *fenicios, cartagineses, omniadas, almorávides y moros* a pesar de latinos y teutones.

De donde el genuino escudo de mi linaje no podría ser otro que ése, para mayor distinción de pósteras generaciones: la roca solitaria, hosca e impasible bajo el rigor de todas las intemperies y el fragor de todos los combates; la pradera de la esperanza, mustia y silenciosa en todos los veranos, fresca y rumorosa en todos los inviernos, bajo un cielo de

ilusión, siempre azul, que cuando se entenebrece a la muerte de sus crepúsculos, se llena de estrellas, y a cada mañana, en todas las estaciones, amanece llena de rumores y rocío, de palomas, gonzalicos, y turpiales, como en una vehemente demostración de esfuerzo por seguir viviendo fuerte y útilmente y de seguir infundiendo a todos en rededor su ilusión de cada día en su esperanza de ser cada día mejor!...

Y así es mi cielo larense, bajo el cual nací; y así es mi amplia pradera barquisimetana, donde alegre y bullicioso se levantó mi niñez y voló mi juventud.

III

LA REINA FLOR

Recientemente llegado a Caracas nuestro gran violinista Francisco Medina, que, además de ser un hábil ejecutante posee fama de inspirado y original compositor, es oportuno traer a las letras de molde cierta anécdota a él referente sobre algo de arte ocurrida en Milán.

Existe en esta renombrada e ilustre ciudad, donde se consagran los grandes maestros, un templo famoso, la iglesia de *Santa Fidele,* conocida con el sobrenombre de la *Iglesia de Mansoni,* por ser allí donde este ilustre italiano oía misa y comulgaba.

En cierta ocasión en que se hallaba en Milán la Reina Madre, aquella insigne Margarita de Parma de quién tántas cosas bellas se cuentan, y con motivo de que debía ir a oír misa en San Fidel, fué llamado el Maestro Medina a armonizar el acto.

Efectuóse así, en efecto, visitado el templo por la Reina Madre acompañada de un distinguidísimo cortejo de la alta aristocracia italiana, y durante el rezo de la Misa, el violín de Medina, inspirado intérprete de todo cuanto el Santo Sacrificio encierra de tierno y conmovedor en sus unciosos símbolos, habi-

tuados los cinco magistrales dedos y el arco magistral del *virtuoso* a cuantas son hondas ternuras y delicadas emociones del alma, el violín de Medina, entre los solemnes acordes del harmonium, llenó con sus melodías el silencio sagrado del recinto y de escalofriantes emociones la espectante quietud de las almas.

Terminado el acto, descendía el artista, con su instrumento bajo el brazo, la escalera del coro, cuando notó que al mismo tiempo cerca de él iba a pasar el ostentoso cortejo a cuya cabeza aparecía radiante en su casi anciana belleza la Reina Margarita. Medina se detuvo, fijos los grandes ojos negros, llenos de admiración y de respeto, en la faz, aun no marchita azucena, de la Reina Flor.

La Reina lo miró también, y continuó acercándose a donde Medina estaba en respetuosa actitud, y un instante después la gran mujer, reina también en esa otra gran realeza, la realeza del arte, se acercó al inspirado artista.

—Es usted, lo comprendo, el hábil violinista que ha armonizado la misa...

—Si, Majestad—le respondió Medina, haciendo ante ella respetuosa y profunda inclinación.

—Es usted un gran italiano; tiene usted en su alma toda el alma de Italia!

—No soy italiano, Majestad—le respondió Medina titubeante.

—De dónde es usted, entonces...

—Soy de Hispano América, soy venezolano, señora.

La Reina, que ya se había acercado más, le tendió la enguantada mano, y Medina, el violín bajo el

brazo izquierdo, la tomó con la derecha, e inclinado ante la egregia y casi angelical figura que tenía ante sus ojos y que en aquel momento era para él como una divina aparición, besó la egregia mano de la Reina-Flor, entre cuyos dedos había sido glorioso el cetro creador de la Unidad Italiana.

—No he oído la misa—exclamó la Reina,—y su violín es el culpable: su violín me ha alejado del rito... pero me ha avecinado al ideal... Usted tiene en su alma toda el alma de mi Italia!

IV

EN PLENA DERROTA

Cuando el antes Brigadier granadino Simón Bolívar, Capitán General después de la "Campaña Admirable" que desde las riberas del río Magdalena trajo hasta Caracas triunfadoras las banderas de la Libertad, llevaba yá sobre su nombre el sobrenombre conque hoy lo conoce el mundo, "el Libertador", tuvo necesidad de recorrer de nuevo el camino por ellas andado de victoria en victoria y salir para Barquisimeto en apoyo del Coronel Urdaneta, que venía en retirada estratégica hacia Araure para no dejarse cortar por los vencedores de Yaritagua que al mando del Brigadier español Ceballos podían hacerlo.

Había ocupado a Barinas el tremendo Yáñez después de sus triunfos en Nutrias, Guanare y Obispos, había sido derrotado en Bobare el Coronel patriota Aldao y en Yaritagua el Coronel Valdés, todo lo cual comprometía grandemente la labor libertadora hasta ese momento realizada y no menos obstaculizaba la que aun había que realizar poniendo en peligro la seguridad de Valencia y el sitio de Puerto-Cabello, pues si el Libertador permanecía a la defensiva en esta línea, muy pronto habrían de tener enci-

ma los patriotas la ofensiva combinada de Ceballos por la Costa, Yáñez por Cojedes y Boves por el Guárico.

Rápidamente recorrió el Libertador la distancia que lo separaba de Urdaneta, y el 10 de noviembre de 1813 flameaban sus banderas en la Tierritablanca, a la vista de Barquisimeto, ocupada por Ceballos, y venidos a combate en rápido, enardecido y arrollador encuentro, dos horas después las torres de la ciudad anunciaban, el triunfo de la tricolor y por el Oeste, hacia el camino de Carorita, corrían desbandadas las tropas de Ceballos.

Pero si el olor de la pólvora enardece al combatiente, también embriaga el humo de la victoria al triunfador. Sabía de propia experiencia eso el denodado español, y todavía frente a la ciudad, acaso pasó por su mente el recuerdo del Rey moro frente a su Granada, y no queriendo llorar como mujer volvió riendas a su caballo a defender como hombre lo que acababa de perder. Impávido, como él bien se sabía, arremetió de nuevo el Libertador al del vuelvan caras, cuando de improviso vióse cómo se quedaba sólo con sus Edecanes el Hombre de la Libertad!... El eco de un siniestro toque de corneta, ordenando retirada?... Tal vez... eso dicen!

Obligado por el desastre se puso en retirada el adalid, rumbo al mismo lugar por donde había entrado con banderas desplegadas, pero al llegar a la parte más alta de aquel sitio se detuvo, bajo el atormentador enigma que le fatigaba la imaginación, viendo hacia un lado sus huestes en fuga sin saber por qué, y hacia el otro las banderas enemigas que cautelosamente se le acercaban triunfadoras. Hoy existe allí, sobre una gruesa columna de ladrillo, una alta cruz que levantaron los hombres un luctuoso día

de invocación a la misericordia divina y que hacia el norte y el Sur abre los brazos como en vehemente invocación de paz y amor al corazón de los hombres.

Volvió de pronto hacia el enemigo su caballo el Libertador, y de pronto también la tranquilidad volvió a su espíritu, que por nada se arredraba... Se había ocultado el sol tras los cerros color gris y blanco del poniente: aquello era un oceano de gualda y oro lo que el sol del ocaso le ofrecía a sus ojos, sobre la Ciudad de los Crepúsculos!

Y habló entonces "la lengua de las maravillas", de cuyo silencio venían pendientes los que le acompañaban:

Qué belleza, qué belleza!... Eso es admirable! —exclamó; y contemplándose un buen rato estuvieron los dos soles, lo que, por precaución también hizo detener la persecución del enemigo.

Cesó aquel otro rato de silencio, bajo el fuego graneado que de lejos les hacía el enemigo, y luego continuó, preparando la rienda de su caballo para hacerlo andar: Un crepúsculo de Barquisimeto bien vale una derrota: huyamos, pero con la radiante serenidad de ese crepúsculo que se desvanece.

El inquieto Rocinante del adalid, tirado de la rienda, rápidamente ganó hacia el camino de Cabudare por donde mismo había venido, dejando en pos una densa nube blanca de polvo levantada por sus cascos; y antes de un mes el 6 de diciembre, cantaban victoria en la sabana de Araure las cornetas que habían plañido retirada en la Ciudad de los Crepúsculos.

V

EL LIBERTADOR QUEMADO

En las tradiciones familiares de Barquisimeto existe el recuerdo de un valiente y atrevido guerrillero de apellido Palavicini, compañero y paisano de un pequeño grupo de inmigrados italianos que antes de la guerra de la Independencia se establecieron en la región de Cabudare y que en el curso del tiempo fundaron allí familia y llegaron a constituir hogares dignísimos de la tierra larense.

Cuando el Libertador iba sobre Barquisimeto en apoyo de Urdaneta en 1813 acampó y durmió en el caserío de los Rastrojos el 9 de noviembre, a ocho kilómetros de aquella ciudad, para salir el 10 contra ella, ocupada por Ceballos y Oberto, que eran los caudillos realistas de esa región, como en efecto lo hizo. Ahí en los Rastrojos se le incorporó con su guerrilla Palavicini, que había prestado importantes servicios a la revolución, y en esa guerrilla figuraba un mozo de apellido Bastidas, que se había distinguido en ella como lancero de primer orden.

Ocurrida la derrota del Libertador en Tierritablanca el 10 de noviembre, Palavicini y lo que quedó

de su guerrilla en aquella acción, conocedores consumados de aquellas tierras, se lanzaron por una de las laderas del río Turbio, pasaron éste, tramontaron el Cerro de Manzano y fueron a parar a la Loma de Terepaima, que era su base estratégica; y en lo sucesivo fué de mucha utilidad como Campo Volante esa guerrilla, pues en sus contínuas excursiones tenía siempre en jaque a los realistas de aquellos lugares.

Para 1814 yá Bastidas figuraba con un carácter militar de orden superior, pues obraba como Teniente de Caballería, teniendo, sin paradero fijo, en constante alarma al enemigo, hasta que un día cayó en los Cerritos Blancos en una de las trampas que le tenían preparadas los realistas. Era yá un mozo de unos treinta años: se había hecho revolucionario a raíz del 19 de abril.

Conducido amarrado a Barquisimeto y a presencia de Oberto, que al punto ordenó pasarlo por las armas inmediatamente, fué llevado a la Plaza de Altagracia, lugar de suplicios; pero fue tal su buena suerte, que llegó allí en momentos en que entre la desaforada algarabía de inconsciente populacho, se levantaba en el centro de la plaza un muñeco vestido de militar que montado en un burro habían traído de Cabudare, simulando al Libertador: era Domingo de Resurrección y aquel era el "Judas" que iba a ser quemado según costumbre y a servir de escarnio y burlesca diversión al populacho y chiquillería de la ciudad. Avisado Oberto, ocurriósele que podía ser magnífica lección de escarmiento e insigne burla hacer que un patriota con sus propias manos quemase a su caudillo, y al punto ofreció al prisionero que si así lo hacía le perdonaría la vida y lo pondría en libertad.

Titubeó un tanto el prisionero, pero, guerrillero, astuto y sin escrúpulos, y en aquel trance aterrador, vió el cielo abierto ante sus ojos, y, bajo la palabra de honor de Oberto, momentos después, entre la algarabía de la multitud estallaban los truenos y triquitraquis de que el muñeco estaba lleno.

Nadie supo ni cuándo ni por dónde salió Bastidas de aquella baraúnda, pero es lo cierto que de allí se puso en camino hacia la cuesta del río, hacia el Cerro de Manzano luégo, y en seguida hacia sus viejas guaridas, de donde se enrumbó en busca del Cuartel General Libertador.

A la sazón hallábase el Libertador en los llanos del Centro y allí, salvando innumerables dificultades, fue a buscarlo Bastidas, logrando al cabo llegar a su presencia.

General—le dijo—soy el guerrilleero Bastidas de Cabudare, no vengo a implorarle perdón, vengo a que me fusile!...

—Cómo, le respondió el Libertador...

—Juré ser fiel a la Patria y a usted y he faltad a mi juramento: fusíleme, General, y no mis enemigos de quiénes me he escapado milagrosamente.

En la intensa sorpresa producida en su ánimo por la exaltada actitud de aquel hombre y aquellas locas palabras, apenas reflexionó un momento el Libertador, y acercándosele le dijo:

—Yo lo recuerdo a usted, aunque muy vagamente... Pero explíqueme qué misterio, qué enigma es ése, a qué se debe tan rara e incomprensible resolución?...

—Ah, Libertador!... Yo lo he quemado a usted; con mis propias manos le he metido fuego...

—A mí,—le interrumpió más sorprendido, y acercándosele más.

Entonces Bastidas le explicó al Libertador detalladamente lo ocurrido, y el Libertador, cuyo rostro cambiaba por instantes a cada palabra de la relación de Bastidas, en un incontenido deseo de reír, yendo con los brazos abiertos hacia él le dijo:

—Estupendo, estupendo!... Pero lo que sí no hubiera perdonado yo nunca es que por no haber hecho usted lo que hizo se hubiera perdido para la Patria un valiente como usted!

Seguía el ejército para el Centro y se incorporó como lancero a la caballería de Genaro Vásquez, fué de los que se batieron en la acción de Ortiz, se llamaba José Gregorio Bastidas, y aun quedan parientes suyos en Barquisimeto y Cabudare.

VI

MANSION ILUSTRE

Estábamos a 1821, regresaba el Libertador a Bogotá después de Carabobo, para atender a superiores necesidades de la recién-nacida Gran Colombia, había pernoctado en el sitio de la Morita el 13 de agosto, camino de Araure a Barquisimeto, y llegó a esta ciudad en la mañana del 14. Su Estado Mayor se había alojado en la plaza de Altagracia, donde tres años antes lo habían quemado representado en un muñeco, que fué el Tradicional "Judas" de ese día, Domingo de Resurrección, y él salió a la calle a pie con el propósito de conocer la ciudad cuyas campanas habían cantado ocho años antes su victoria y en seguida su derrota del 10 de noviembre.

Apenas había andado poco menos de tres cuadras al Oeste, cuando por delante de él cruzó la calle y fué a subir la acera una señora que, por volver la vista hacia él, tropezó y por poco cae al suelo si no es porque él, en rápido movimiento, se lanzó hacia ella logrando oportuno y eficaz apoyo hasta ponerla en el umbral del portón hacia donde se dirigía. La misma cosa en inconsciente movimiento, aunque sin la mis-

ma fortuna, habían intentado hacer los Edecanes que le seguían, lo que produjo el consiguiente ruido de botas, espuelas y sables en torno de la señora, llamando hacia allí la atención de todos los que a la sazón había en la calle, y por consiguiente de las personas de la casa.

—Señora!—le dijo el Libertador a la dama ofreciéndole el brazo tan luégo como se hubo incorporado,—permítame usted el honor de conducirla hasta el anteportón de su hogar, que supongo sea éste en cuyo umbral estamos?...

No opuso obstáculo alguno a la insinuante galantería del caballero la dama, cuyos pasos titubeantes y cuyos blancos rizos, en gracioso contraste con el negro manto de encaje que la cubría hasta más abajo de la cintura, revelaban al punto lo avanzado de su edad y lo distinguido de su persona, y asióse al brazo del galante militar, cuyos modales habían llamado fuertemente su atención.

—Y ahora, señor, a su vez le dijo ella cuando hubieron llegado al anteportón, me permitirá usted la complacencia de verle entrar en mi casa para que le conozcan a usted?...

Al punto el Libertador, que llevaba el sombrero de campaña en la mano izquierda, apoyada en la empuñadura, de la espada, entre las cortesías de estilo pasó al corredor, y en seguida tuvo también que seguir al salón a exigencia de la señora.

Ya alojado allí con sus Edecanes, y mientras la señora se hallaba en el interior, alguien—seguramente el acompañante que había tomado como "cicerone", le sopló al oído muy discretamente, aunque por discreto lo llamaban "el Plegario": —Esta señora, empecinada realista, es una gran enemiga de la independencia y de usted.

Con un rápido y expresivo gesto característico de sorpresa oyó la breve advertencia el Libertador, a tiempo que también entraba de nuevo la señora, la cual antes de tomar asiento, volvió a dirigirle la palabra:

—Señor militar, podría yo saber el nombre de mi fino protector?...

—Soy Simón Bolívar, señora, humilde siervo de usted, gallardamente contestóle él, poniéndose de pies.

La señora hizo un intempestivo y no bien disimulado movimiento en el canapé que ocupaba, abriendo sorprendidamente los ojos, y en seguida, juntando las manos sobre el seno como para orar, exclamó:

—Bolívar!...

—Que besa a usted los pies señora... Y a mi vez podría yo tener el singular honor de saber el nombre de la distinguida matrona barquisimetana en cuyo hogar estoy.

—Me llamo Carlota Corralmayor, muy servidora de usted.

—Mi mortal enemiga?...—exclamó entonces él, simulando sorpresa igual a la que ella había revelado al saber su nombre.

—Sí... ciertamente su enemiga... Española soy por ser hija de español; pero su enemiga hasta hace unos instantes, en el afortunado portón de mi casa, que desde este momento va a tener la altísima honra de ser, si usted me lo permite, el dichoso hospedaje del Libertador en Barquisimeto.

Demás está decir que desde aquel instante todo fue movimiento y alegría y ostentación de comodi-

dad, distinción y lujo en aquella casa en cuyos altos fué alojado el "Padre de la Patria".

Se conserva todavía esa casa tal como la vió él: está situada en la entonces "Calle Real" y hoy "Calle del Libertador", dos cuadras al oeste de la Plaza de Altagracia y a mano derecha. Ahora 27 años la llamaban la casa de don Ramón Corralmayor.

VII

ILUSION OPTICA

A mi hijo José Tomás.

La última vez que estuve en Barquisimeto—*la Reina de Occidente,* como la llamó Abigaíl Lozano, *la Ciudad de los Crepúsculos,* como la llamo yo,—en una de las diversas romerías que hice a los burgos de la ciudad, donde tántas bellezas naturales puede hallar alma que sepa sentir, que sea capaz, mejor dicho, de ponerse al unísono de vibración con la naturaleza circundante, buscando impresiones dirigíme a la parte más alta de lo que siempre se ha llamado la *Sabana* y que en los días de la fundación de la colonial Nueva Segovia llamaron *Praderías* nuestros abuelos Conquistadores.

Conocía yo el lugar desde mi niñez, cuando aun no había arribado a aquellas regiones, precursora de vida nueva, la locomotora, y la cosecha del semeruco llenaba de pájaros y muchachos aquellos sitios y de papagayos y cometas aquel cielo: es un poco antes de llegar al *Malecón,* a la derecha de la carretera de Duaca y como a cien metros al Norte del edificio últimamente construido por la "Caribbean Petro-

leum Company". Qué puede contener esa "Muy noble y leal ciudad", mi *patria chica,* que yo no conozca, si algo vale, y aun no valiendo nada, hasta aun más allá de los abuelos de los que hoy son los muchachos de esa tierra que tanto amo: gracias a la madre Naturaleza, que, aunque avellanándome la tez—también se la avellanó a María Santísima,—me hizo *girajara,* y gracias sean dadas también al audaz Conquistador, que aunque alterando mi linaje autóctono de carcaj y guayuco, siquiera me puso en el alma algo de lo que de grande y bello le dejó Roma de su poderoso imperio: religión y lengua, la religión más alta y la lengua más bella, hasta poder con altivez decir con Darío: "Que va en la prora el Capitán Cervantes y flota arriba el pabellón de Cristo!"; y algo también de su rico lote espiritual vasco-arábigo: el sentir con Don Pelayo y el haber arrullado mi niñez su sueño con el ensueño de las *Mil y Una Noches!*

Es la única ciudad de Venezuela donde sepa yo que puede observarse el raro y bello fenómeno que voy a describir y que es efecto, no de la amplitud de la llanura simplemente, puesto que no ocurre cosa igual en regiones genuinamente llaneras, ni de reflexión de la luz, pues no es espejismo, sino de una extraña influencia mutua, a cierta hora de la tarde, entre la dilatada planicie en que se levanta la ciudad, todavía bañada por los últimos fulgores del cielo, y el cerco de cerros bajos y lejanos que la circundan, de un gris cada vez más obscuro. Hallándonos allí después de puesto el sol, si en torno dirigimos lentamente la mirada hacia los puntos más distantes de la meseta, buscando el pie de los cerros, una línea circular oscura, intensa, se destaca a nuestra vista; una línea fantástica de ilusión óptica, que en realidad no es sino, bajo la influencia de la hora, el corte

aparente de la llanura en la masa de cerros que la circunvalan y que nos hace aparecer, ante nosotros mismos, como si estuviésemos en la parte más alta de una amplia convexidad y nos rodeara un lejano vallado obscuro, como un anillo, como un aro. Detrás de él, los cerros grises, casi negros; más allá, el cielo color lila y oro mate, poco a poco llenándose de sombras con la muerte del crepúsculo y poco a poco llenando de sombra la planicie, desolada y mustia.

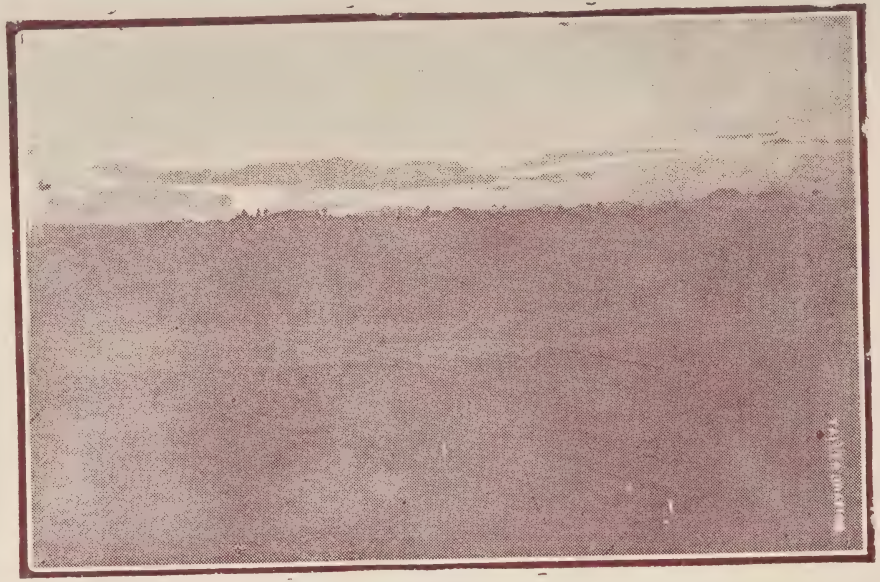
Yo no estaba solo, habría sido de muy mal gusto mi paseo: me acompañaban, además de mi familia, un grupo encantador de las muchachas más bonitas de Barquisimeto, donde las hay a maravilla: del más claro y preclaro candor—Josefa, Elfleda, Amanda, Egilda,—y de tan intenso espíritu de ensueño—Amalia Rosa, Ana Sergia y María Ignacia, Reina y Ana Adelaida, Belisa y Merceditas,—que sólo con mirarlas pasar y escuchar la algazara de su juvenil alegría, sin mancha de dolor, se vuelve a creer unciosamente en la realidad de la idealidad angélica!

He contado muy pocas muchachas, es verdad, pero suficiente número, sin embargo, para exhibir una buena muestra, pudiendo de ellas decir lo que los poetas dicen de las nueve deidades aquellas de aquel monte de Beocia que Grecia lírica consagró a la Inspiración; y sea esta alusión para ellas—las del monte Helicón y las de mi altiplanicie barquisimetana—como un canto, como una ofrenda, como un fragmento de *museia* en su merecido culto y loor!

Nada más?... Un recuerdo.

Cuando en 1811 pasó por Barquisimeto el Marqués del Toro, discreto, varonil y galante, es fama que la ciudad larense le prodigó multitud de obse-

quios y festejos de todo género y que el entusiasmo bélico-patriótico de la juventud barquisimetana, en la cual designó él para Jefe militar al Comandante José Francisco Jiménez, le llenó un buen número de plazas en su ejército, por lo que tras él se fueron, sin contar los que de otros lugares cercanos se le incorporaron en el tránsito, los Aldao, los Ramos, los Andrade, los Torres, los Jiménez, Salcedos, Pérez, Soteldos, y muchísimos más, sangre barquisimetana, de apellidos que son Barquisimeto; y tal fué el contento del aristocrático y gentil militar, que para despedirse galanamente, en prosecución de su misión guerrera a Coro, dispuso pasar revista a su ejército en la *Sabana* y recorrer luégo la ciudad como en procesión triunfal antes de partir. En esa misma región de que he hablado tendió de a dos en fondo sus cinco mil soldados el General-Marqués, y por primera vez oyeron aquellas tierras el nombre de *Patria* vitoreado por 5.000 voces en grito unísono y formidable, grito que se metió vibrando en todos los corazones de la tierra mía y que se fue vibrando sonoramente por todos los ámbitos de la planicie donde nací: ¡Vivaaa!...



Un crepúsculo barquisimetano

VIII

ALLI FUE!....

Otra tarde, no menos grata a mi memoria en el recuerdo de mis paseos a la tierra nativa, ocurrióse-nos al doctor Eliodoro Pineda y a mí visitar el sitio donde el Libertador dio la acción del 10 de noviembre de 1813, denominada *de la Tierrita Blanca* por el nombre del lugar donde el general Urdaneta situó la artillería para dirigir sus fuegos sobre la fortaleza española llamada *el Campamento* y donde se inició el combate. Nos proponíamos precisar por dónde entró y dónde se situó el Libertador, y mientras nuestros acompañantes, damas y caballeros, pasaban alegremente el rato encantados con la charla juguetona del otro doctor Pineda—Antonio María,—en torno de la histórica columna religiosa erigida en ese sitio de *Tierrita Blanca,* "la Cruz Salvadora", triste recuerdo de un horrendo mal y de un eminente sacerdote (la epidemia del Cólera y el Presbítero Maestro José Macario Yépez), el doctor Eliodoro y yo nos dedicamos a buscar los puntos dichos, orientándonos por lo que nos decía la tradición barquisimetana y fundándonos en lo que lógicamente se desprende de las

insuficientes relaciones históricas sobre los preliminares, peripecias y consecuencias de aquel combate.

El Libertador, que salió del pueblo de los Rastrojos en la mañana y que por virtud de la necesidad que tenía de dar de comer a su tropa antes de remontarla a la mesa de Barquisimeto y entrar en combate y de los diversos motivos de tardanza que tiene en sí un movimiento militar de invasión en que se conduce parque y artillería a lomo de burro por malos caminos y no lejos del enemigo, debe de haber llegado a Barquisimeto alrededor de las 2 de la tarde.

No podía el Libertador subir del paso del río Turbio, que corre al pie de la altiplanicie, por el camino real, porque éste se hallaba dominado por los fuegos del *Campamento,* situado en lo alto de la mesa, separado del camino por los fosos naturales que por el Este le forman los zanjones; pero informado que del propio río partía una pica o vereda, llamada de Zamuruvano, que se enlazaba con el camino que unía a Barquisimeto con Santa Rosa al terminar la subida, por allí echó a andar su tropa, a cubierto del enemigo, y al encontrar el empalme tomó la dirección de la ciudad hasta llegar al pie de la pequeña prominencia que hay que subir para ocupar la *Tierrita Blanca,* donde hoy se alza la columna arriba mencionada, *la Cruz.* Una vez allí, próximo a ponerse a la vista del enemigo al remontar dicha prominencia, mientras a ella subían los cañones y el parque, faldeó él por la derecha hacia el Norte hasta unos 300 metros, y dejando detrás la caballería en espera de sus órdenes y resguardada por el propio terreno, ganó altura. Fue allí donde a su vista presentóse el amplio panorama de la buscada llanura, que nunca habían visto sus ojos; a la izquierda, la serranía del Sur, la clara visión del río en lo hondo

de la cañada que lo encauza, las barrancas y zanjones del *Campamento;* a su frente, una laguna seca, otro pequeño alzamiento del terreno, que vuelve luego a descender suavemente en un trecho como de 1.000 metros, rojizo, mustio, quebrado, reverberante bajo el ardor del sol, y luégo la ciudad, y como a 10 kilómetros la serranía del Oeste; y a su derecha, al pie de los cerros del Norte la romántica visión de *la Ciénega* en su perenne primaveral verdor!

Rápido concibió el Libertador su plan de ataque y ordenó el despliegue de sus tropas, que en 3 columnas esperaban a pie firme desde allí hasta *la Cruz,* donde yá estaba emplazada la artillería: todo el ejército debía seguir la marcha en dirección a la laguna llamada *la Clara* hasta ponerse al Noreste del Campamento y de allí se abriría en el siguiente orden: por la derecha, hacia Altagracia, la Cárcel y la cuesta de Paya el coronel Florencio Palacios; por la izquierda, hacia el Zanjón del Campamento, el coronel Ducaylá; y por el centro, hacia las primeras casas, el Teniente Coronel José Rodríguez, que debía empezar los fuegos mientras los otros Cuerpos recorrían su larga trayectoria, al mismo tiempo que la caballería, moviéndose por entre el centro y la derecha, partió a galope tendido, flameando las espadas bajo el sol, por el aire como alas multicoloras las flámulas y banderolas, cantando en el volar del viento los clarines; arremetió como una desatada avalancha a la enemiga que la esperaba a campo raso, pero apenas hizo ésta un breve gesto de resistencia: arremolinóse de pronto, volvió grupas luégo hacia el Oeste, vigorosamente perseguida por la nuestra dentro de una extensa nube de polvo, cual si fuera la carrera desatentada de dos manadas de monstruos que se iban. Mientras tanto los infantes se batían con

vigoroso denuedo, ganando terreno los nuestros sobre el *Campamento.*

El Libertador, sentado unas veces, de pies y anteojo en mano otras, o paseándose intranquilo cuando yá no volvió a ver más las caballerías en lucha, las cuales se alejaron hasta más de 10 kilómetros, no perdía detalle de la ejecución de sus órdenes. Las balas de los cañones no llegaban hasta él o no acertaban a llegar, pero la infantería despachaba sin cesar sus heridos a la retaguardia, donde eran acomodados en la laguna seca, a pleno aire y pleno sol, para auxiliarlos en lo posible hasta que morían, por lo que aquello en torno suyo, se llenó de cadáveres y de allí el nombre que al sitio se le dió después y que actualmnte tiene: *Laguna de los Muertos.* Cuántos muchachos de la juventud de Caracas que se habían ido arrastrados por el sugerente prestigio y el juvenil esplendor del hombre de la *Campaña Admirable,* cuántos fuertes mozos de Barlovento, los Valles de Aragua, Valencia, San Carlos, Ospino, Guanare, Barinas, y del mismo Barquisimeto, ganosos de gloria, allí quedaron insepultos y después allí mismo fueron enterrados o quemados por manos enemigas.

El triunfo era yá del Libertador, pero parece que éste, queriendo reconcentrar sus Cuerpos, que habían perdido todo enlace y apoyo mutuo batiéndose en pelotones a largos intervalos unos de otros y sin coordinación alguna, dictó alguna orden para corregir el defecto táctico y conjurar los males de que podía ser origen, y sea que el Ayudante no trasmitió precisa la orden o sea que en alguno de los Cuerpos, probablemente en el del Teniente Coronel Rodríguez, que era español y estaba disgustado con algunos de sus compañeros, se haya dado el toque de *Retirada* en vez del de *Asamblea,* es lo cierto que,

efectuándose yá el repliegue con el correspondiente cese de fuegos y el consecuente desorden, un soldado, un oficial, alguien, imbécil o cobarde, lanzó el grito de *Sálvese el que pueda,* con lo que al instante entró el pánico en las filas libertadoras, que desde aquel momento no fueron yá cuerpos compactos y en disciplina, sino confusa e inconsciente muchedumbre en carrera suelta hacia su punto de partida... Ni la enérgica actividad de Urdaneta, ni la formidable voluntad del Libertador pudieron rehacer las cosas: la caballería había llevado hasta muy lejos a la enemiga en derrota, y cuando horas después, lentamente regresaba triunfadora, entre repiques de campanas y gritos de victoria, atónita quedóse y desorientada ante el incomprensible e inexplicable desastre que se presentaba a sus ojos llenos de viva llama fulgurante: se contagió en seguida del mal que la rodeaba, incorporóse a la yá inevitable derrota, y todo se perdió en aquel instante, a la hora en que el sol huía también del horizonte.

Todo esto pasó por nuestra imaginación en aquellos felices momentos de rememoraciones gloriosas y fue tema de la más vibrante y encendida conversación, y mientras yo contemplaba la muerte del crepúsculo y nuestro fotógrafo se esforzaba en tomar de él una vista, el Doctor Eliodoro Pineda afanoso marcaba con un montón de piedras rojas el punto más alto del terreno desde donde, con toda seguridad, dirigió el combate el Libertador.

Si no en ese mismo sitio, en uno muy cercano, fue donde, en un rapto de ardoroso romanticismo, de emoción lírica, muy propia de él, dijo la frase aquella a que en otra parte me he referido, ante la radiante belleza del crepúsculo: "Bien vale una derrota un crepúsculo de Barquisimeto!"

Desde ese punto se ven Yaritagua, Cabudare y los Rastrojos, el paso del Camino de Río Claro sobre el *Cerro de Manzano,* el de la carretera del Tocuyo por los *Cerritos Blancos,* el de la carretera trasandina por la subida de *Carorita,* el de la carretera de Duaca y el del ferrocarril de Tucacas en el descenso de la *Cañada* a la *Ruesga;* por lo que de todos esos lugares también debe divisarse el punto mencionado.

Desde ese punto, en línea recta, se ve la *Calle Real* o *Calle del Libertador;* desde un poco al N., la *Calle del Comercio,* que tiene 22 cuadras; y de un poco al S. la *Calle de Ayacucho,* que aunque un poquito más corta, es tan recta, y tan plana, que de noche, sobreponiéndose la luz de sus lámparas eléctricas, parece que no fuesen sino una sola, como un gran faro resplandeciente.

Por delante de ese sitio, como a unos 300 metros hacia el S. y a uno y otro lado de la *Cruz,* pasa cuanto en autos y camiones viene de Táchira, Mérida y Trujillo, Lara, Falcón y parte del Zulia, para el Centro, y cuanto del Centro va para esos lugares.

El camino llamado *el Camejero,* que es yá un paseo magnífico, podría desviarse un poco al dirigirse hacia su empalme con la carretera cerca de *la Cruz,* para hacerlo pasar por donde mismo faldeó el Libertador para situarse en el sitio desde donde dirigió el combate, y empalmarlo con la carretera en la recta de ascenso hacia *la Cruz,* en el punto por donde cruzó hacia la derecha el Libertador, con lo que se lograría que el paseo diese la vuelta al glorioso sitio, el cual se vería entonces diariamente visitado por los paseantes de la ciudad.

Conclusión.

Qué bello sería que, cuando la tierra donde yo nací quisiera erigir algún simbólico monumento al

Padre de la Patria, fuera ese punto el que los hombres de buen gusto, de alma artística y corazón patriota designaran para levantarlo! No hay otro ni más glorioso ni más bello.

Y cuál podría ser ese monumento?...

Tratándose del Superhombre de nuestro Continente?... veamos.

En aquel sitio de tan sugerente belleza, panorámica, aunque actualmente apartado y solitario, por donde pasó un día desoladora la guadaña de la muerte y fue sepultura de centenares de nuestros Libertadores, cuyas cenizas hace pocos años que aun blanqueaban aquellas piedras sagradas, pero donde también cirnió sus alas la gloria en su más alta representación sobre la tierra, Simón Bolívar, no es ni medianamente difícil contestar a esa pregunta: una Pirámide!

La pirámide, sepultura de Reyes, es símbolo de gloria y emblema de inmortalidad. Místicamente considerada, sus caras representan, cuando es cuadrangular su base, los cuatro elementos de la naturaleza —aire, fuego, tierra y agua,—separados después de la aparición del mundo, pero antes yacentes en la más perfecta unidad, constituyendo en ella el Sér primero.

Símbolo del reino de los espíritus, disminuyendo de volumen de abajo arriba hasta convertirse en un punto, sus cortes horizontales representan los diversos planos de la vida humana en su condición espiritual, y su ápice, arriba, como un punto en lo infinito, la máxima aspiración final de ella; la inmortalidad, la gloria, la suprema depuración del espíritu, Dios.

Cualquiera que sea el número de sus aristas, hacia arriba van todas, y no se detienen en su ascenso sino cuando se hallan atajadas las unas por las otras y consustanciadas en un punto común, indivisible, atómico, ideal imaginario, matemático, simbólico de *Unión fraterna*: y no fué ese el objeto del último pensamiento del Libertador moribundo?

En otra faz de su simbolismo, sus aristas dicen, entre las nubes y los resplandores del cielo, Libertad, Igualdad, Fraternidad: *Libertad* en su impetuoso arrojo hacia lo infinito; *Igualdad* en la identidad geométrica de su extensión; *Fraternidad* en su conversión unánime en una sola, en un punto de su propio sér, propio de cada una, común a todas.

La expresión que dice, *el Libertador Simón Bolívar, Padre de la Patria,* tiene 39 letras, y 39 metros por lado tendría el cuadrilátero que serviría de base a la pirámide, a la que se darían cuatro caras, orientadas hacia los cuatro puntos cardinales del Horizonte, los cuatro vientos principales de la Rosa-Náutica, para que la que llevase el nombre del Glorioso, o tuviese anexa su estatua al pie, mirase hacia Barquisimeto y recibiese todas las tardes su homenaje en la ofrenda de oro de sus crepúsculos en apoteosis, y si se quisiese agregar algunos símbolos sobre las otras caras, o frente a ellas, podrían ser los que corresponden a los Evangelistas Marcos, Lucas y Juan, *el león, el toro y el águila,* pues el de Mateo, *el hombre,* sería el de la cara occidental, el mismo Libertador: acaso no fue evangelizadora su obra?; y qué otros símbolos pueden decirlo mejor a los hombres hasta la consumación de los siglos?

47 años vivió *el Hombre de América,* y como se hacía para los grandes hombres de Egipto y la

India, de Asiria y Etruria, 47 metros de altura se la darían a la pirámide glorificadora, con lo que tendría un volumen de 23.829 metros cúbicos, cifras que, sumadas, producen precisamente las del día en que nació: 24 de julio.

La pirámide barquisimetana, para que todo en ella fuese barquisimetano menos dos cosas, podría hacerse de tres colores, de arriba a abajo; amarillo, con piedras de nuestros cerros del Sur; azul, con piedras de nuestro río Turbio; colorado, con piedras de toda nuestra gran Sabana, desde ese mismo sitio hasta la *Laguna de la Piedra,* por donde en derrota llevó a la española nuestra caballería, para que las piedras que piafadores glorificaron con sus cascos los caballos de la libertad no las profanaran más con sus pies los hombres, y Barquisimeto, la tierra de Jacinto Lara, Florencio Jiménez y Pedro León Torres, las levantase, depuradas de toda escoria, como íconos inmachados de un culto santo, en un santo ideal de Patria!

Las dos cosas que no serían de Barquisimeto serían: el arquitecto, que debería ser de arte monumental, poeta por sus revelaciones psíquicas, para que mejor interpretara y digera a la eternidad de los tiempos cuanto del pasado, del presente y del porvenir debe simbolizar ese monumento, y para que cual si lo ideara el mismo numen lírico del Libertador, tuviese algo helénico la pirámide, en memoria de Marte, Venus y Apolo, la trinidad olímpica de toda su vida; y el material de unión de los elementos constructivos dichos, que sería cemento, no extranjero, de Caracas, la tierra del 19 de abril, la tierra donde nació la libertad y nació el Libertador; la ciudad que halaga todas nuestras quimeras, moldea todos nues-

tros ensueños, enlaza todas nuestras esperanzas y mantiene, como un corazón, viva y palpitante en nuestra alma la ilusión del porvenir!

Aquello es seco, tostado, árido, ardiente, y los escasos de numen podrían decir que no se podría sembrar árboles allí, porque no hay agua. Cómo no!... Nuestro roble, de madera recia, fuerte y dura, conserva su ramaje siempre verde y resiste todas las sequías, lleno de nidos y de pájaros, y un robledal allí sería el encanto de nuestros ojos y el encanto de nuestros pájaros, y el simbólico huerto sagrado de aquella tierra bravía, donde hemos tenido hombres que fueron como robles; pero alternando, o en combinación con el árbol indígena de nuestros toscos breñales nativos, plantaríamos un pinar, un gran pinar, de las clases *piñonero y negral,* de climas cálidos, de tierras ásperas y llanuras secas y arenosas, como Segovia, con lo cual más digna sería de la madre la hija, y con más razón seguiríamos llamando Nueva Segovia a la brava ciudad jirajara de nuestro brioso y vigoroso Occidente!

IX

CON LA IZQUIERDA

A los Doctores Antonio María y Eliodoro Pineda.

Un día me levanté a las 4 de la madrugada, a las 5 me puse en marcha hacia *Cerritos Blancos,* lugar situado a 10 kilómetros de Barquisimeto, y a las 6 me apeó el auto al pie del primer cerro de la derecha del camino, que desde aquel punto se mete tortuoso por entre los demás cerros hasta cerca de los *Horcones,* el otro sitio célebre de esa región en los anales de la Independencia.

Yo quería poner a andar mis pies en aquellos sitios donde el heroísmo de nuestros antepasados firmó la carta de libertad de nuestro país; dirigir mi vista y poner a ver mis ojos hacia los mismos horizontes y panoramas que con los suyos contemplaron ellos entre relámpagos de gloria: las cañadas secas y pedregosas, las barrancas y zanjones, levemente rojos y como barnizados de blanco e incrustrados de talco; los declives de los cerros exhaustos y ásperos, donde apenas se ven cujíes y agaves de pencas gri-

ses, y de entre ellas erguido y alto el tallo, sosteniendo arriba, como flameante lampadario, sus panículas multifloras; y de trecho en trecho una que otra vera florecida, no muy alto el ramaje y como lleno de una multitud de motas de oro; la planicie abajo en diversas partes por entre los cerros, llena de cactus o *cardones,* que alzan sus múltiples y espinosos brazos como en una perenne imploración, al mismo tiempo que los ostentan cargados de encarnadas *lefarias* en generosa ofrenda a los pájaros y a los hombres, en medio de aquella dolorosa esterilidad; y por el aire el canto de los turpiales, el balido de las cabras y ovejas, el ladrido de los perros cabreros, y de cuando en cuando el grito agudo de algún rapaz comunicándose con otro de cerro a cerro, o de alguna zagala arriando el rebaño hacia el abrevadero, como en Bersabé las mujeres de Palestina, o con su cántaro al hombro, como hacia el pozo de Jacob las mujeres de Efraín!

Y cuán hermoso es, contemplado desde ese cerro, el panorama de Barquisimeto, cuyo perímetro demarcan en el horizonte sus chaguaramos y sus torres! Se aprecia mejor entonces el tamaño y la belleza de la planicie, de unos 600 metros sobre el nivel del mar, completamente horizontal a la simple vista, y de una extensión como de 12 kilómetros de largo por unos 5 de ancho. Se podría cortar desde ahí con una avenida de una sola recta que fuese como una prolongación de la *Calle de Ayacucho,* de la *Calle del Libertador* o de la *Calle del Comercio,* y que el otro extremo fuese a terminar precisamente en el punto desde donde el Libertador dirigió el combate de *Tierrita Blanca.*

Como a 600 metros de ese sitio al Norte hay una depresión de los cerros por donde se mete la llanura

de Barquisimeto hasta unos 10 kilómetros más allá de Quíbor y fue por donde el *Ferrocarril Bolívar* trazó su prolongación al Tocuyo: otra sola recta de unos 15 kilómetros hasta más allá del *Rodeo,* desde donde, en noches despejadas, que son muy frecuentes, se ve el alumbrado eléctrico de Barquisimeto.

Entre esos primeros cerros fue donde el coronel patriota García de Sena esperó a los realistas el 13 de setiembre de 1813, comandados por el voltígero Reyes Vargas y el cura Torrellas, cuya decisión partidaria fluctuaba como su sacrílego balandrán; valientes y temibles ambos y ambos jugando siempre en los combates el todo por el todo.

Allí triunfaron los patriotas, aunque con mucho qué lamentar, sobre todo la sangre del Capitán José María Carreño, cuyo brazo derecho está enterrado en el templo de la Paz, donde se lo amputó el doctor Antonio María Pineda, único cirujano que entonces había en la ciudad y cuyo nombre, reproducido, alto y benemérito, se conserva todavía, para honor de la ciencia, de la familia y la intelectualidad larense.

Perdido el brazo derecho, con el izquierdo llevó Carreño hasta el triunfo definitivo de Colombia la espada irreductible de *Cerritos Blancos,* que alcanzó a poner sobre el hombro de su brazo mútilo la charretera de General, gloriosa presea de sus catorce heridas por la Patria, que compasivo y orgulloso ocultaba su uniforme!

X

Y MURIO DE LIMOSNA

A mi hermana Filomena.

Descendí de aquel punto que sólo me dejaba ver hacia Barquisimeto, anduve un trecho más y trepé a otro cerro, que tampoco me satisfizo, por lo que fuí a hacerlo de nuevo al lomo de uno de la izquierda, como a dos kilómetros del primero. Allí sí tuve a mi vista lo que deseaba: de Oeste a Sur una amplia dilatación de la llanura barquisimetana, cortada a trechos por distantes manchones de cerros calcáreos aislados; algunas casas esparcidas en la llanura y luciendo sobre el techo flotante penacho de humo, como un gallardete azul y blanco desvaído por el sol; luégo, allá lejos, la cadena de cerros de la región caroreña y la región de Quíbor: de Oeste a Sur, más allá todavía y en apariencia paralelamente, la de los que demarcan el curso del río Tocuyo, bajos, cenicientos, plomizos en la extremidad Oeste, empinados y de un intenso azul oscuro, nostálgico, sugestivo, al Sur, hacia Cubiro; y Sanare, hacia los Andes.

No es posible ver desde allí en toda su extensión el campo donde fue el combate de los *Horcones,* pero sí lo suficiente para formarse una idea lo más cabal de cómo fue aquella sangrienta acción, a la cual se debió en gran parte el éxito de la *Campaña Admirable,* que en 140 días trajo triunfadoras las banderas de la libertad desde la Grita hasta Caracas: el terreno, el mismo que he descrito, en cuanto a su aspecto geológico y a su vegetación, pero arenoso, blando, espinoso y polvoriento, sin que sea posible andar diez pasos en línea recta, aunque por dondequiera se puede andar.

Amparado Rivas solamente por los tupidos cardonales y obligado a salvar fuertes posiciones del enemigo, que se había acomodado de modo de hacerlo pasar por un estrecho sitio *ad-hoc,* sobre cuyas barrancas y pequeñas elevaciones laterales tenía preparado lo más fuerte de sus cargas, supo hacerle perder el seso y desbaratarle el diabólico plan al aguerrido y bravo Teniente-Coronel Oberto: oportunamente echó de ver la presencia de un zanjón de alguna profundidad que pasaba no lejos a su izquierda, y yá como a mil metros del enemigo, por allí metió al Comandante Jacinto Lara con un batallón, para que, ocultándose como pudiese, rápidamente saliese del otro lado de la pequeña loma donde se hallaba la artillería enemiga, la trepase resueltamente y les rompiese los fuegos por la espalda. Y se lanzó él de frente, al mismo tiempo, serena y aparatosamente —banderas desplegadas, tocando ataque cornetas, pitos y tambores,—pero cuando se oyó la primera descarga de los de Lara, y se vió su bandera faldeando la altura, todo fué entonces una sola carga.

Rivas tenía en su favor el apocamiento que el eco de sus victorias y la fama de su bravura sin pie-

dad infundía en el enemigo, y dándose cuenta de que éste había flaqueado al verse sorprendido por Lara, se abrió en dos alas, una a subir la loma de frente, otra a meterse en el amenazante atrincheramiento, y los cargó con ellas formidable al toque de *Degüello* (1 y 19), con lo que, desalojados de su acomodo, callada la artillería, lanzados al campo raso-arenoso, polvoriento, ardiendo el sol arriba, quemante el suelo abajo,—muy pronto él mismo al frente de 50 jinetes los metió en derrota y los persiguió hasta dispersarlos por completo: quedó en el campo de batalla el Comandante Lara con la infantería, 300 muertos de ambas partes y 300 soldados prisioneros, cuyos oficiales fueron pasados por las armas inmediatamente, de acuerdo con la proclama de *Guerra a Muerte.*

Breve tiempo pasó Rivas en Barquisimeto, simplemente el necesario para reponerse en lo posible de algunas pérdidas y proveerse de ciertos indispensables recursos, y en momentos en que se alistaba para partir, en preparativos de marcha yá el ejército, llegóse a su presencia un mozo que, todo azorado, le dijo: "Coronel, eso que ahí le traigo es un regalo de Don José María Durán para el ejército y para la Patria"; y sin esperar respuesta dió media vuelta y marchóse: eran cuarenta mulas aperadas y una carga de dinero, conducidas por cuarenta negros esclavos.

Sorprendido Rivas y lleno del mayor contento a la par, se quitó el gorro frigio que habitualmente llevaba, y flameándolo en el aire exclamó: *¡Viva Barquisimeto!... ¡Viva el patriota Don José María Durán!...*

Cuarenta años después, ese Don José María Durán ayudó con su peculio a fabricar el hermosí-

simo templo de la Concepción, todo de mampostería: tres naves de 60 metros de largo y 20 de ancho; 25 metros de altura su cúpula central y 32 metros su torre. El día que en él se dijo la primera misa y por primera vez se repicó su gran campana mayor, de 78 arrobas de peso, el 23 de marzo de 1853, puso en libertad a todos sus esclavos, después de haberles regalado a cada uno tres mudas de ropa y cuatro morocotas. Un año después murió su esposa, víctima del cólera.

Y ese gran patriota, ese pródigo ciudadano, ese noble varón que por lo visto no tuvo nada para sí, era un anciano de 75 años en 1858; no tenía familia alguna, había perdido la vista, la memoria y hasta el juicio; se hallaba en la mayor infelicidad y lo llamaban *Ño Durán* los muchachos, en las calles por donde andaba pidiendo limosna; y así murió... Pero siquiera asilado en el piadoso refugio que en su propio hogar, cercano a la Capilla de N. S. de San Juan, para que no muriese de hambre en la intemperie de una calle, le proporcionó un buen hombre de Barquisimeto, de nombre Tomás Jiménez: mi padre!...

XI

VASCOS LIBERTADORES

Barquisimeto no olvidó en mucho tiempo la clásica fecha en que el célebre vasco Lope de Aguirre fue detenido con la muerte en la carrera de vandalaje y exterminio que hasta allí lo condujo, de tal suerte que existió la costumbre de celebrar pomposamente el aniversario del célebre 28 de octubre de 1561, y el 28 de octubre fue durante muchísimos años un gran día de fiesta de Barquisimeto; y era eso cosa de echar la casa por la ventana, pues regularmente todo el que se preparaba para alguna celebración particular—un bautismo, un matrimonio—se reservaba para hacerlo ese día, con lo cual los festivales sociales tenían un grande aporte de entusiasmo y alegría en la mencionada efemérides. Pero las guerras consecutivas de nuestro país en una larga serie de años, que tan intensa repercusión tuvieron en aquella Provincia, nos destruyeron una multitud de documentos, manuscritos e impresos, y nuestras tradiciones han sido tan deficientemente rememoradas, que no nos queda de ellas sino pálidos recuerdos de su intensa vida, hasta el punto de que sólo una débil y reducida

remembranza no más nos dice algo sobre muchas de ellas.

Los patriotas barquisimetanos del año 12, agobiados por las persecuciones y crueldades con que fueron tratados por los defensores del poder real, Monteverde el primero, tan feroz como el apodado *"Chucho Galeno"*, Capitán de bandoleros, y tan cruel y despiadado como Pascual Martínez, "el isleño sanguinario",—decían al darse ánimo para emprender el sostenimiento de la Independencia por medio de las armas y el exterminio del vandalaje español, que Lope de Aguirre era el *primer libertador de América.*

Agrégase a esto que las mujeres y los muchachos, que son los que mantienen vivas esas consejas en el espíritu de las generaciones, no le tenían ya miedo para esa época a los *fuegos fatuos,* llamados *"el alma del Tirano Aguirre"* que diz que corrían de noche por la *Sabana,* haciendo medrosos los suburbios y aun los centros urbanos, de las 9 de la noche en adelante, y más bien ahora se admiraba y ponderaba el valor sereno y la fuerte voluntad del audaz, heróico e imperturbable rebelde: y aún no faltaba quien se resistiera a creer que había sacrificado a su hija bestialmente, "para que no la llamasen la hija de un traidor", como tan tendenciosamente han dicho los Cronistas de la Conquista, sino que no hizo otra cosa que repetir lo que el Centurión romano Virginio hizo con su hija Virginia, para salvar a toda costa y por sobre todo la pureza y honestidad de ser que más amaba en el mundo; y eso, en lógico sentir, es admirable, vituperable nunca!

Tenía razón, y mucha, Lope de Aguirre, al temer eso de sus paisanos: acaso no sabemos lo que hicieron Zuazola, Cerveris, Boves y Rosete en diver-

sos puntos del país, y particularmente lo que en San Carlos hizo el bandolero de Calzada, en la emigración barquisimetana que en 1814 siguió a Urdaneta, con una joven cuyo nombre, *María Torrealba,* casi nadie recuerda yá hoy?: después de la salvaje tropelía, desmayada de luchar defendiéndose, le afeitaron la cabeza, la montaron en un burro y la pasearon por las calles entre estruendosos toques de cajas y cornetas... La infeliz no pudo resistir el vejamen, y murió de vergüenza en plena calle y plena luz del día!.... Y acaso no tenemos a la vista lo que con pluma dantesca nos refiere el Libertador de la carnicería de Ceballos en Valencia?... "Una sirviente del Coronel patriota Escalona, Gobernador de Valencia, fue encerrada en la casa de su amo y atada con fuertes ligaduras a una cama, le arrancaron la lengua y le cortaron los pechos, luego poniendo fuego a la cama espiró la infeliz en medio de sufrimientos más crueles que los del toro de Phalaris".

Todo eso fué por lo que la fiesta conmemorativa del rebelde del siglo XVI contra el Rey llegó a ser llamada por los rebeldes del siglo XIX *la fiesta del Libertador* y así se celebró en esos años; de modo que cuando llegó el triunfo de Araure y empezó el frenesí patriótico y patriotero alrededor del Héroe, ya con el glorioso nombre de *"Libertador",* la celebración del 28 de octubre se hallaba en plena ambigüedad: de quién era el día, de Lope de Aguirre o de Don Simón?...

Pasan los años, cambian las cosas y los hombres, los juicios, y las voluntades; vientos demoledores soplan por donde quiera, salidos de arriba, de las altas esferas del Poder; surge la *Cosiata,* y en torno suyo su funesto producto, y cae en desuetud la gloriosa efemérides. Lo demás lo hace aquel grupo de

advenedizos, españoles e hijos de españoles, a quienes, como *godos* que eran, había echado a un lado la onda triunfal en que recorría la América entronizando la libertad el Libertador, hábil y ardidescamente colocados bajo el patrocinio de Páez, centro *godo* de la reacción antiboliviana: exaltar a Páez: el *Esclarecido!;* deprimir al Libertador: el *Tirano!...*

Pero trascurren los años, y a pesar de obstáculos y cortapizas creadas por el rencor, la ingratitud, la envidia, se repatrian los restos del aún no llamado *Padre de la Patria*: Páez y Mariño, tan pequeños y mezquinos al tratarse de él, tan pequeños y mezquinos comparados con él, lo llaman el *General Bolívar* a mucho honrarlo. El *General* Bolívar al Libertador en una tierra donde se nace General!

Pronto el viejo tronco empezó a retoñar, y ese tronco era la Patria recién creada, ahora gloriosa y grande; y Barquisimeto se pone de pies, y su Gobernador, eminentísimo ciudadano, enorme Señor de mi patria-chica, el doctor Juan de Dios Ponte, ordena fastuosos funerales en el templo de la Paz al Grande entre los Grandes de América. Se celebran el 17 de diciembre de 1842: era el aniversario de la muerte del Libertador y a la misma hora hacían su entrada en Caracas lo único que de él quedaba inultrajado: sus cenizas!

Dos años después, de una inspiración patriótica nacida en nobles almas surgió una gran reunión patriótica de los más notables vecinos de Barquisimeto, y de ella la *"Sociedad Boliviana"*. Fue nombrado Presidente el General Jacinto Lara y tuvo el propósito siguiente:

"1°—Celebrar en los días 28 de octubre de cada año el feliz natalicio de aquel Ilustre Caudillo de la Libertad Sud-americana, etc.

"2º—Contribuir a la perpetuidad de su nombre y fama, ya erigiendo *monumentos públicos eternales,* ya celebrando el aniversario de la entrada de sus venerandos restos a la Capital de la República, como el triunfo de la paz y de la justicia nacional, etc.

Renació pues la celebración del 28 de octubre en la Provincia de Barquisimeto con el error de creer que era el día del natalicio del Libertador, y ahora no en recuerdo del gran vasco del siglo XVI, sino en recuerdo del magno vasco del siglo XIX. Pero aún falta algo, y tal como lo dispuso ese Barquisimeto de hace 84 años, un noble día de su famosa historia, es necesario que lo cumplan las nuevas generaciones en nombre de las antepasadas, que lo realicen los larenses de hoy como un homenaje a la memoria de su Héroe Epónimo, "el Ulises de Colombia", Jacinto Lara: un *"Monumento público eternal"!*

Río Turbio

XII

LA OTRA CRUZ

El movimiento del 19 de abril en Caracas tuvo una intensa repercusión en todas las Provincias de la Gobernación y Capitanía General de Venezuela, pero no en todas tan vigorosamente como en la de Barquisimeto; y no porque allí no hubiese como en Coro, Maracaibo, Guayana, fervientes partidarios y sostenedores impertérritos del realismo imperante, puesto que hubo quien, como el Doctor José Manuel Oropeza, de Carora, con la más enérgica protesta renunció todos los cargos que desempeñaba y se retiró al hogar: como el Alférez Real don Juan José Alvarado, el de los juicios inquisitoriales, que despachó preso para Puerto-Rico, donde murió, a su propio hermano el doctor Domingo de Alvarado; como don Félix Traviezo, Escribano Público y de Cabildo, que se suicidó porque lo creyó todo perdido al ver el entusiasmo con que Barquisimeto recibió la noticia de lo acaecido en Caracas, y al Representante de la Junta Suprema.

Pero Escalona, Planas, Alamo, Perera, Aldao, Salcedo, Ramos, Andonaegui, Rosales, Jiménez, Torres, Peraza, Pérez, Andradè, Soteldo, Pineda,

Melo, Mujica, Anzola, etc., eran apellidos patriotas y representaban el alma de Barquisimeto.

Una de las principales víctimas de su patriotismo en aquellos gloriosos días fue el doctor Domingo Antonio Perera, hermano del gran teólogo y formidable latinista Pbro. doctor Juan José Perera, que desde el altar instalado en la plaza de la Paz mientras pasaban las primeras impresiones y se apaciguaban la pena de los estragos ocasionados por el terremoto, predicaba a la multitud aglomerada en torno suyo: "Hermanos míos!... Eso que dicen de que el terremoto fue un castigo del cielo porque proclamásteis la independencia patria, es una mentira: yo, sacerdote católico consciente de mi misión sacerdotal en la tierra, en el nombre de Dios os lo digo y en nombre de la Iglesia de Jesús, Redentor de los hombres, os lo aseguro. Dios no tiene pasiones; su justicia no tiene simpatías, ni su voluntad tiene rencores!"

Dónde más ocurrió cosa igual?...

No estaba solo el Padre Perera: gozaba del cariño y tenía el apoyo patriótico del padre Abazolo, Cura de la Paz, ángel de caridad en todos los conflictos de Barquisimeto; del Padre Pineda, creador del primer asilo de mendigos que tuvo aquella ciudad; del padre Planas, sacrificado por patriota en el camino de Bobare; del padre Heredia, maestro de escuela en el barrio de San Juan; del padre Espinoza, creador de la devoción de N. S. de San Juan e iniciador de su templo.

Después que hubo pasado Monteverde hacia el centro, 12 días después del terremoto, le preguntaron unos amigos al padre Perera: —Padre, y por qué no esperó usted a Monteverde?... Quizás...

—La razón es muy sencilla!—les contestó:—tengo plena conciencia de mi misión; mejor les diré

con Jesús en el Monte de los Olivos: "No se cumpliría mi destino". Nací para Apóstol, no para mártir!

Pero sí logró Monteverde aprehender al doctor Domingo Antonio Perera y lo mandó amarrado y a pie para Coro, de donde lo pasaron para Puerto-Rico, en cuyas prisiones estuvo dos años, y habiendo conseguido su libertad en 1814, volvió a sus filas y a sus propósitos libertadores: él había ido de Caracas a Barquisimeto en mayo de 1810 con el carácter de Abogado y Representante de la Junta Suprema revolucionaria, había llevado la Proclama de ésta, el Acta del Ayuntamiento el 19 de abril, suficientes credenciales, e instrucciones para todo lo que pudiera ocurrir.

Yá de nuevo en Barquisimeto el doctor Perera, ocurrió la sorpresa de Urdaneta por Ceballos el 9 de febrero de 1814, y como Urdaneta no pudo sostener la plaza, aunque heróicamente lo intentó, tuvo que emprender la retirada hacia Cabudare, Perera, que debía seguirle, se atrasó en la huída, y viéndose en inminente peligro, al llegar a *Tierrita Blanca* ganó hacia Santa Rosa, con la esperanza de poder desorientar a sus perseguidores, si lograba que lo abandonasen a él para seguir a los del ejército, y poder así dirigirse a su hacienda de Caraúya, cercana a Cabudare; pero muy pronto dieron con él los de Ceballos y en el mismo sitio lo ultimaron, en pleno camino-real.

Por mucho tiempo existió allí en aquel punto un gran montón de piedras, obra de más de 85 años. La última vez que lo ví fue en 1899, pues cuando estuve últimamente en Barquisimeto yá no estaba: supongo y así lo deseo, que haya quedado comprendido en el desecho que en el camino-real debe haber causado la construcción de la recta de la carretera, de Santa Rosa a *la Cruz*. A menos que lo haya elimina-

do, lo que sería lamentable, el paso del modernismo demoledor, el vuelo triunfal y despiadado del automóvil! Ese rústico montón de piedras hacinados allí al azar por la voluntad inmancomunada de tántos durante tántos años, era ya un monumento simbólico de Patria, y venerable como recuerdo de un grande hombre sacrificado por una noble Causa.

Todo el que transitaba por allí se proveía oportunamente de una piedra, allí la depositaba como un ex-voto, acaso en veces acompañada de una oración; y había en aquello la misericordiosa piedad de no saber la mayor parte por quién se hacía aquel generoso sufragio!

Cuántas veces, chiquillo, depositaron allí mis manos, cansadas de perseguir a los pájaros, una piedra!...

Cuántas veces, chiquillo, dijo un padre-nuestro allí mi corazón de niño!

INDICE

	PÁGINAS
Sabor de la tierruca	5
Belisa y Merceditas Mujica Arraiz e Iribarren	10
La Reina Flor	15
En plena derrota	18
El Libertador quemado	21
Mansión ilustre	25
Ilusión óptica	29
Allí fué!	33
Con la izquierda	43
Y murió de limosna	46
Vascos libertadores	50
La otra Cruz	55

SITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032423100